

María Elena Walsh

BISA VUELA

*Ilustraciones de
María Cristina Brusca*



HISPAMERICA



María Elena Walsh

BISA VUELA

*Ilustraciones de
María Cristina Brusca*

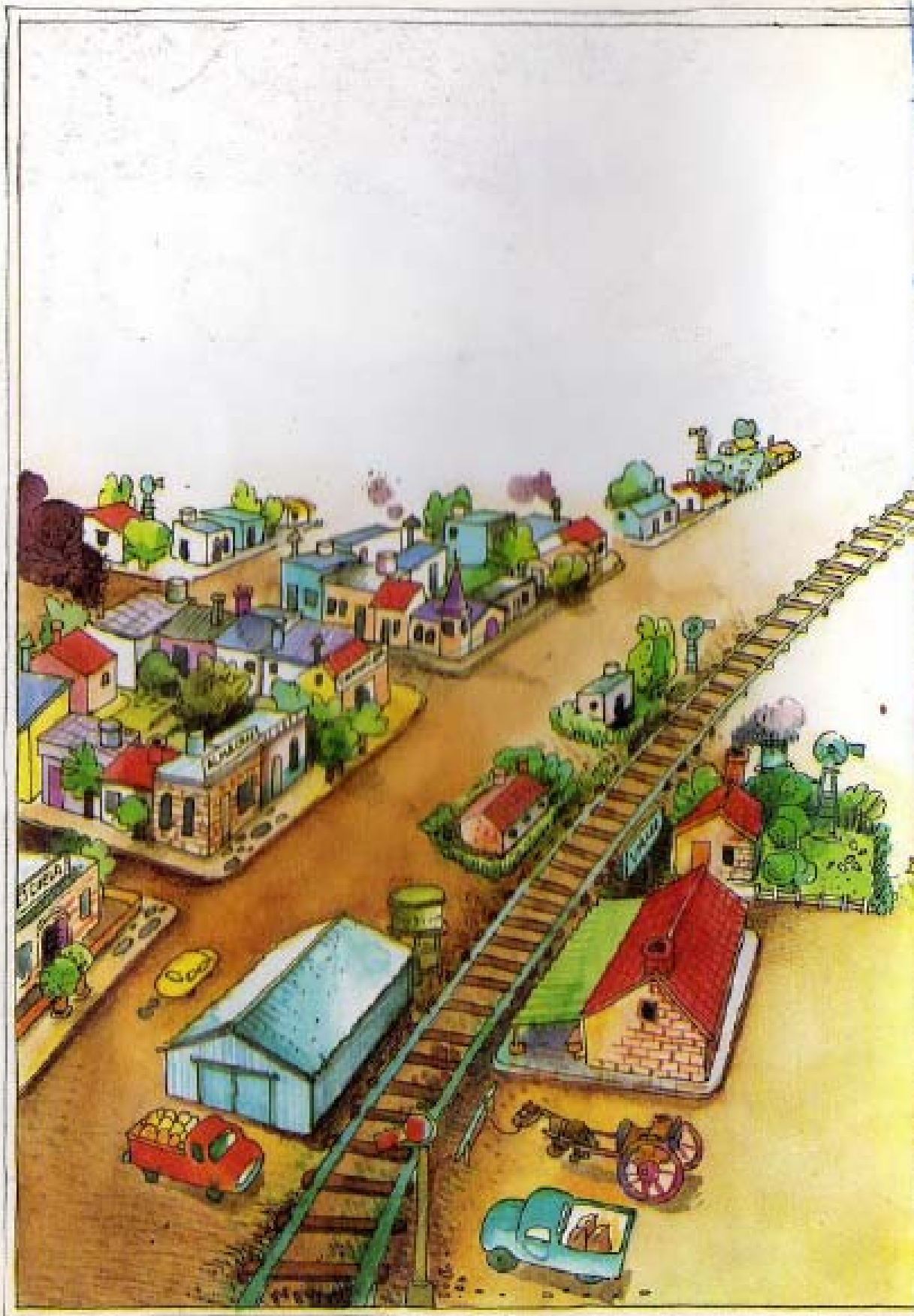



HISPAMERICA

© María Elena Walsh, 1985, para el texto
© Hispanérica Ediciones Argentina, S. A., 1985
Corrientes, 1437 (1042) Buenos Aires
Realización y producción editorial: ESLA, S. A.
I.S.B.N.: 84-399-1286-8
Depósito legal: M. 3.086
Impreso en Edimo, Organización Gráfica, S. A.
Polígono Industrial Acroyomolinos, 1. Calle D, núm. 12
Móstoles (Madrid), Printed in Spain

Había una vez una ancianita
con más años que hojas tiene un ombú.
Alta y flaca
y memoriosa y sabia.







Y había una vez un pueblo grande
como dos sábanas cosidas al medio
por las vías del ferrocarril.

Handwritten signature or mark in the bottom right corner.



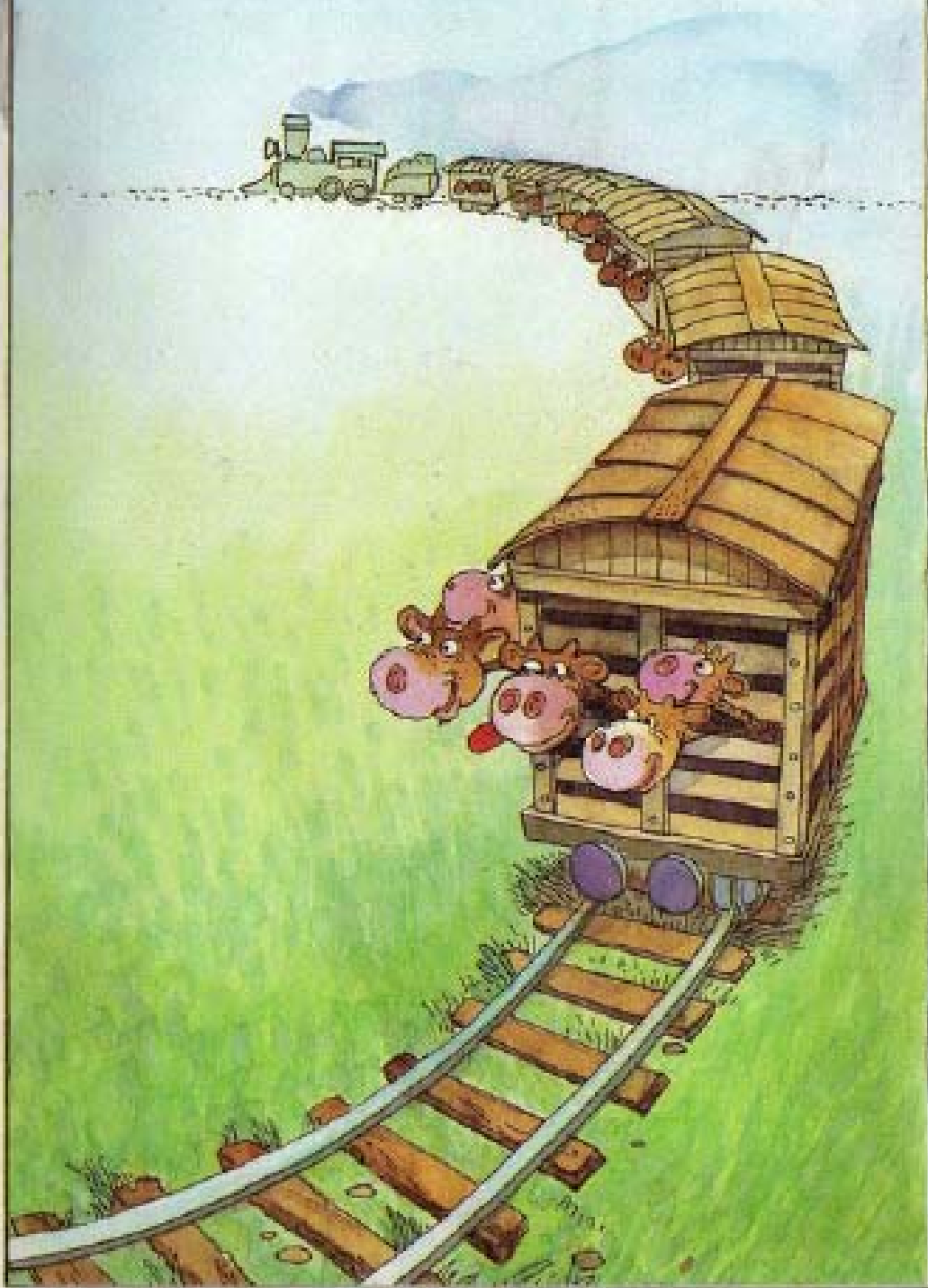
Y había en el pueblo varias familias



con muchos chicos.



Y había trenes que pasaban de largo,
llenos de vacas y sin pasajeros.





La anciana vivía sola
en lo alto de un mangrullo.
Guardaba cachivaches
en un baúl de su antepasado el Conquistador.



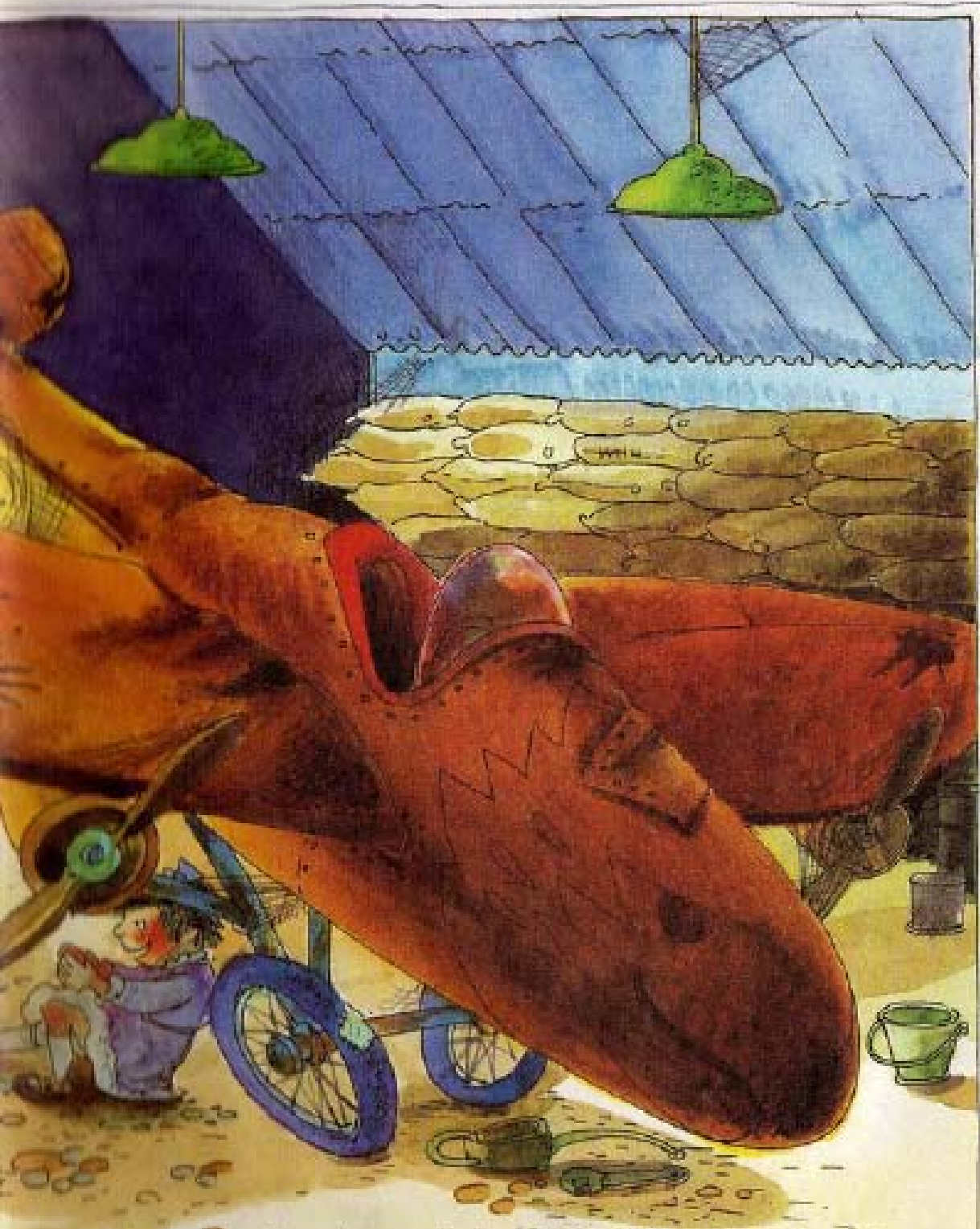
Y su grillo Pachimú se guardaba él solo
dentro de una caja de fósforos.





Un buen día
los niños, reunidos en asamblea
en el galpón del ferrocarril.





bajo las alas de un viejo avión herrumbrado,
decidieron adoptar a la anciana
como bisabuela de todos y llamarla Bisa.

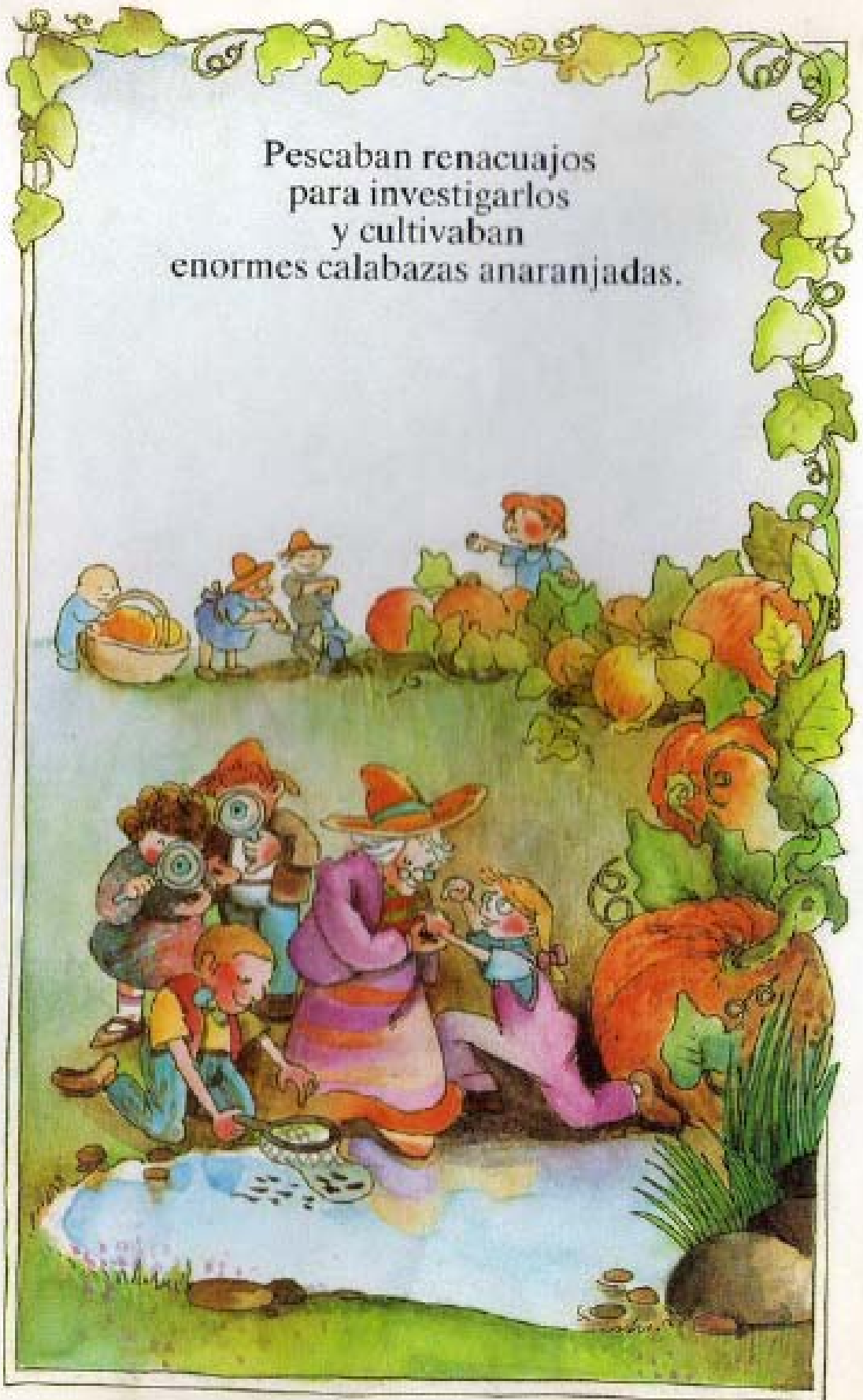


Y desde entonces vivieron felices,
jugando con Bisa a la rayuela y al ajedrez.



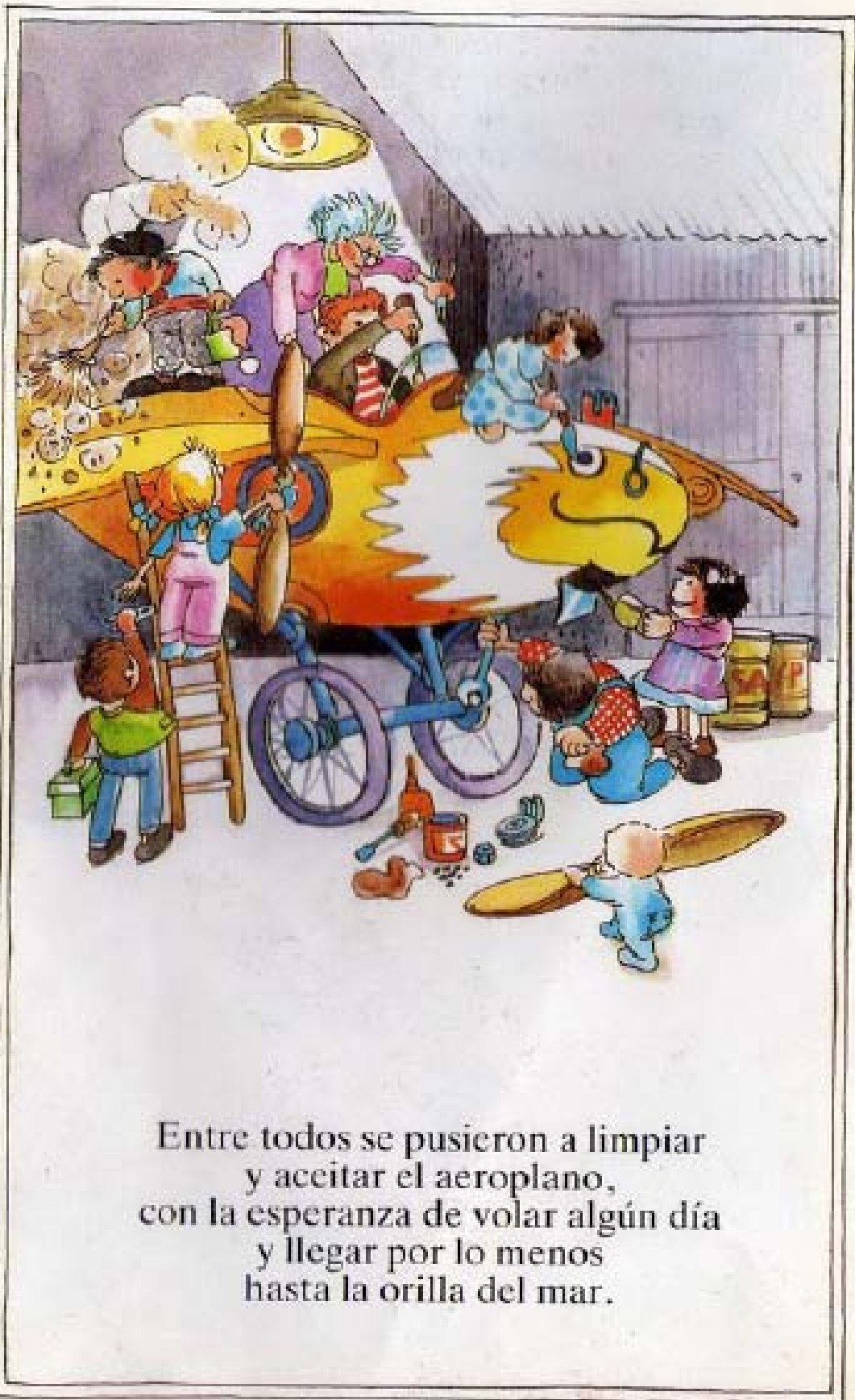
Salían todos a pasear, algunos en bicicleta,
otros en caballo de palo
y alguno en un cajón tirado por un carnero.

Pescaban renacuajos
para investigarlos
y cultivaban
enormes calabazas anaranjadas.





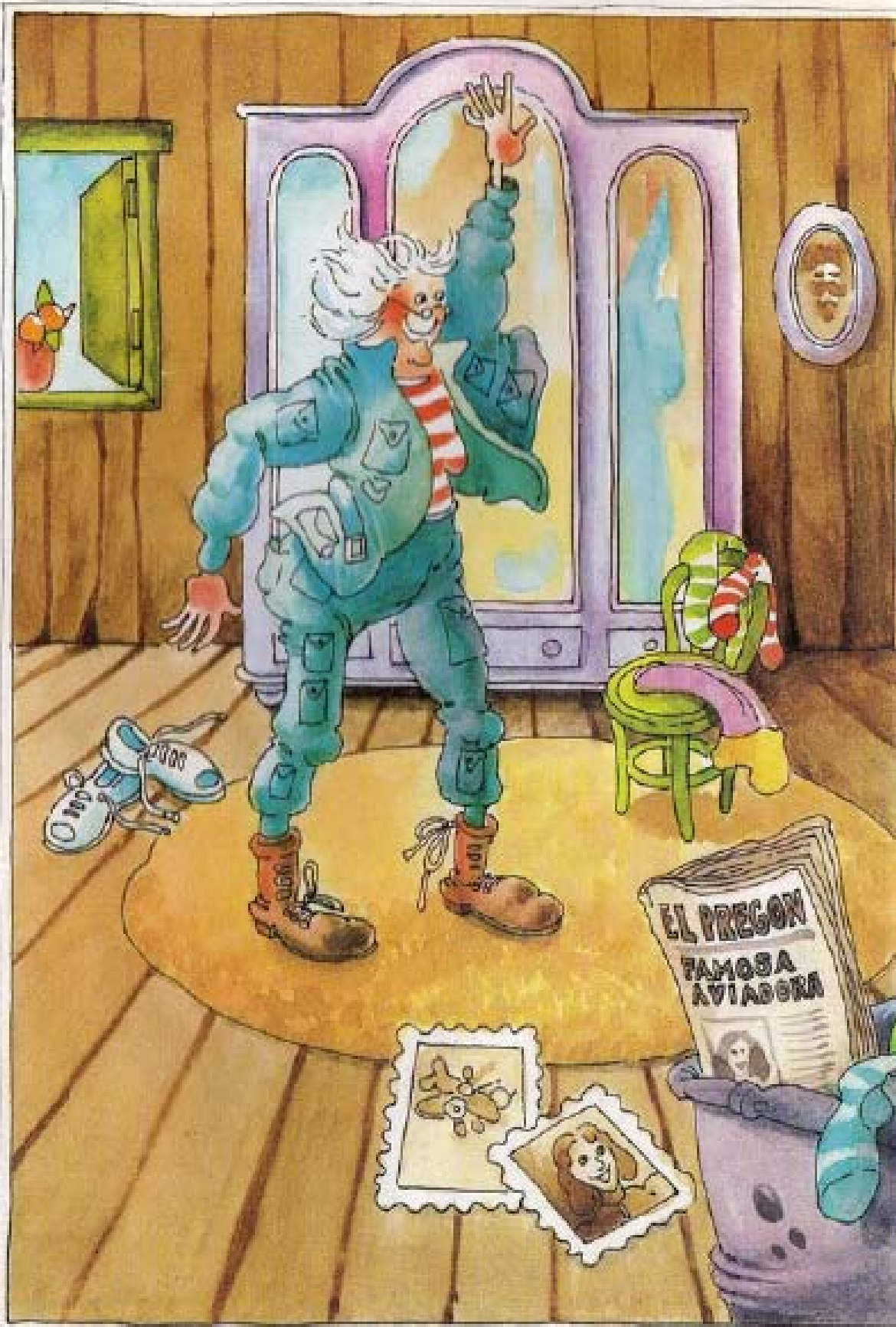
Bisa, en sus tiempos, había sido aviadora.
Y el viejo avión era su famoso "Aguila de Oro".
La campeona de vuelo estaba jubilada -decía-
desde que sus ojos se debilitaron
y un mal día al aterrizar
había atropellado a una pobre perdiz viuda.



Entre todos se pusieron a limpiar
y aceitar el aeroplano,
con la esperanza de volar algún día
y llegar por lo menos
hasta la orilla del mar.

¡Y ese día estaba cerca!
Porque ya las hélices
rugían como dos leones tartamudos,
comandados por la famosa aviadora.





Bisa abrió un baúl, sacó su viejo uniforme arrugado
y se lo probó frente al espejo.

-No es tan distinto del uniforme de los astronautas,
¿verdad, Pachimú?

Pero el grillo, por ser tan pequeño,
no sabía nada de astronautas.





Bisa se encasquetó la gorra
y se puso unas antiparras que nunca había usado:
eran un trofeo que le regalara su madrina
después de su último vuelo
¡tantos miles de días atrás!





-Estos anteojos se han vuelto locos
-dijo Bisa.

Y miró a Pachimú, y en su lugar vio
un gato con cola de pavorreal.

-Estás muy raro. ¿Qué te pasa, Pachimú?
Pero Pachimú, por ser tan pequeño,
no sabía nada de rarezas.



Bajó de su casa y con el grillo en su caja
dentro de uno de sus 54 bolsillos
llenos de herramientas,
corrió a contarles a sus biznietos la novedad.





Los niños, por riguroso turno,
se probaron las gafas y no vieron nada,



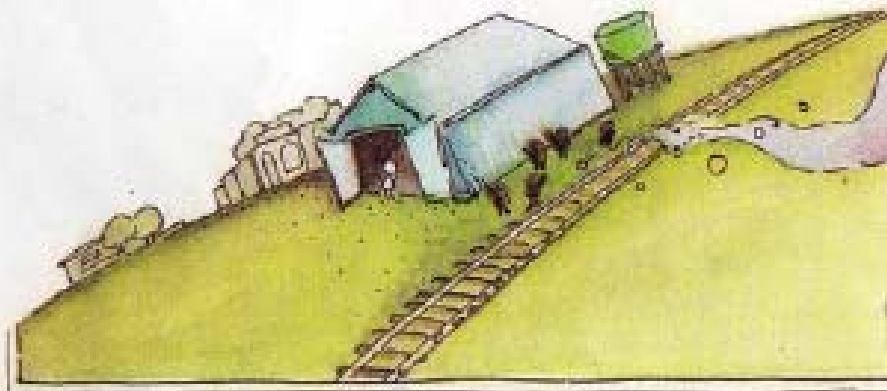
sólo las encontraron
asquerosamente sucias y empañadas.





-Estoy segura de que
con estos anteojos maravillosos
pondré en marcha el motor
-dijo Bisa.

Los chicos abrieron los portones,
Bisa trepó a la diminuta cabina,
mover manivelas y palancas y...
brrrrummm...
cruzó las vías y remontó vuelo.





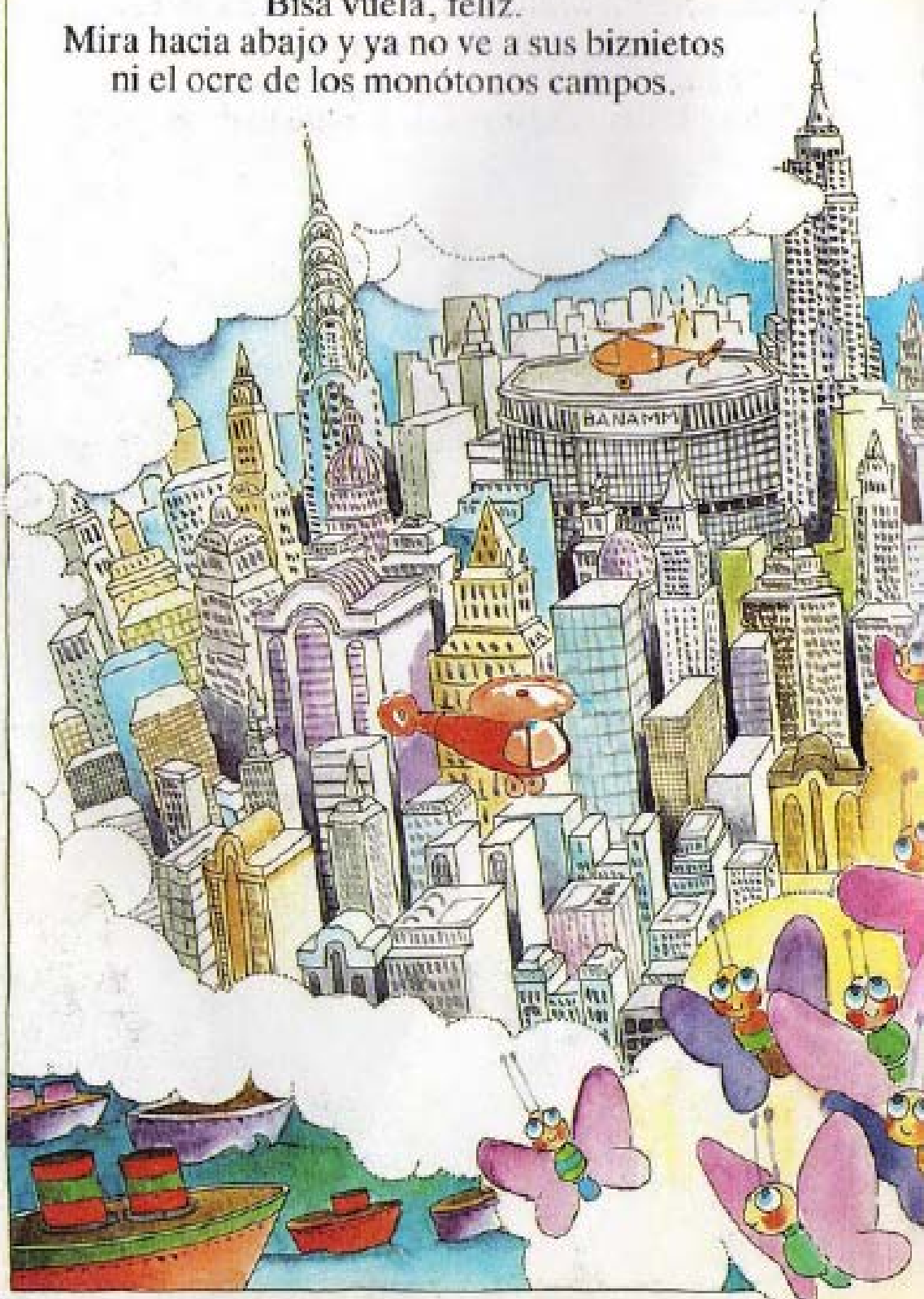
Los biznietos la siguieron
un poco a la carrera,
después se taparon los ojos temiendo lo peor.

Seguramente ustedes
también tiemblan de espanto
pensando que se va a estrellar
contra el más alto de los eucaliptos.

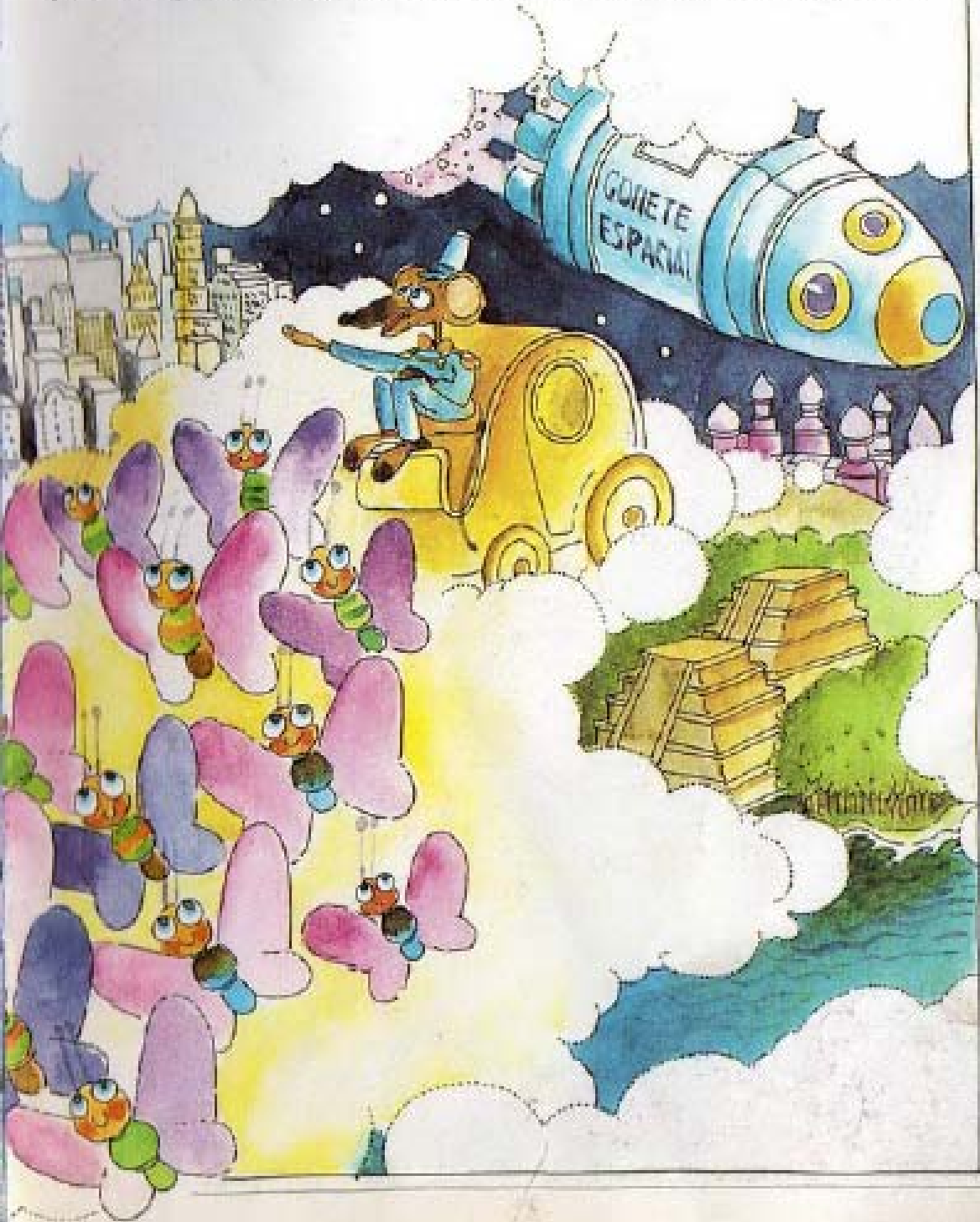




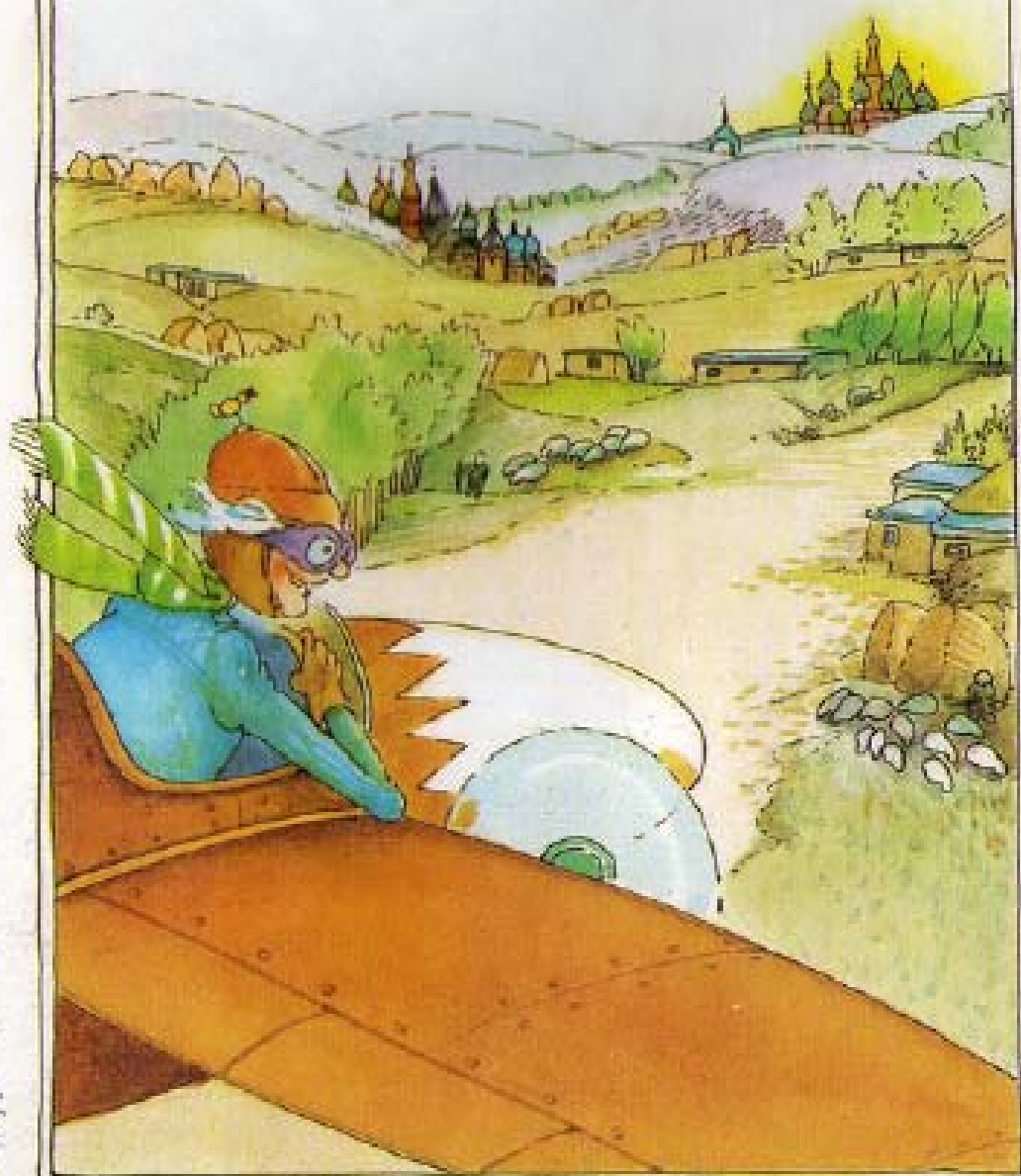
Pero no.
Bisa vuela, feliz.
Mira hacia abajo y ya no ve a sus biznietos
ni el ocre de los monótonos campos.



Ve toda la ciudad de Nueva York,
ve una carroza tirada por mariposas gigantes,
ve las pirámides mexicanas,
ve un cohete espacial que pasa cerca,
y allá lejos ve algunas torres de la ciudad de Bagdad.



Como le quedaba escaso combustible,
al divisar una calle ancha y poco transitada,
decidió aterrizar.
¿Dónde estaría?
¡Buena pregunta para Pachimú!



Bisa se levantó las gafas
y vio que los niños de un pueblo extraño
se acercaban a recibirla,
con sonrisas, besos, abrazos
y un ramillete de margaritas.

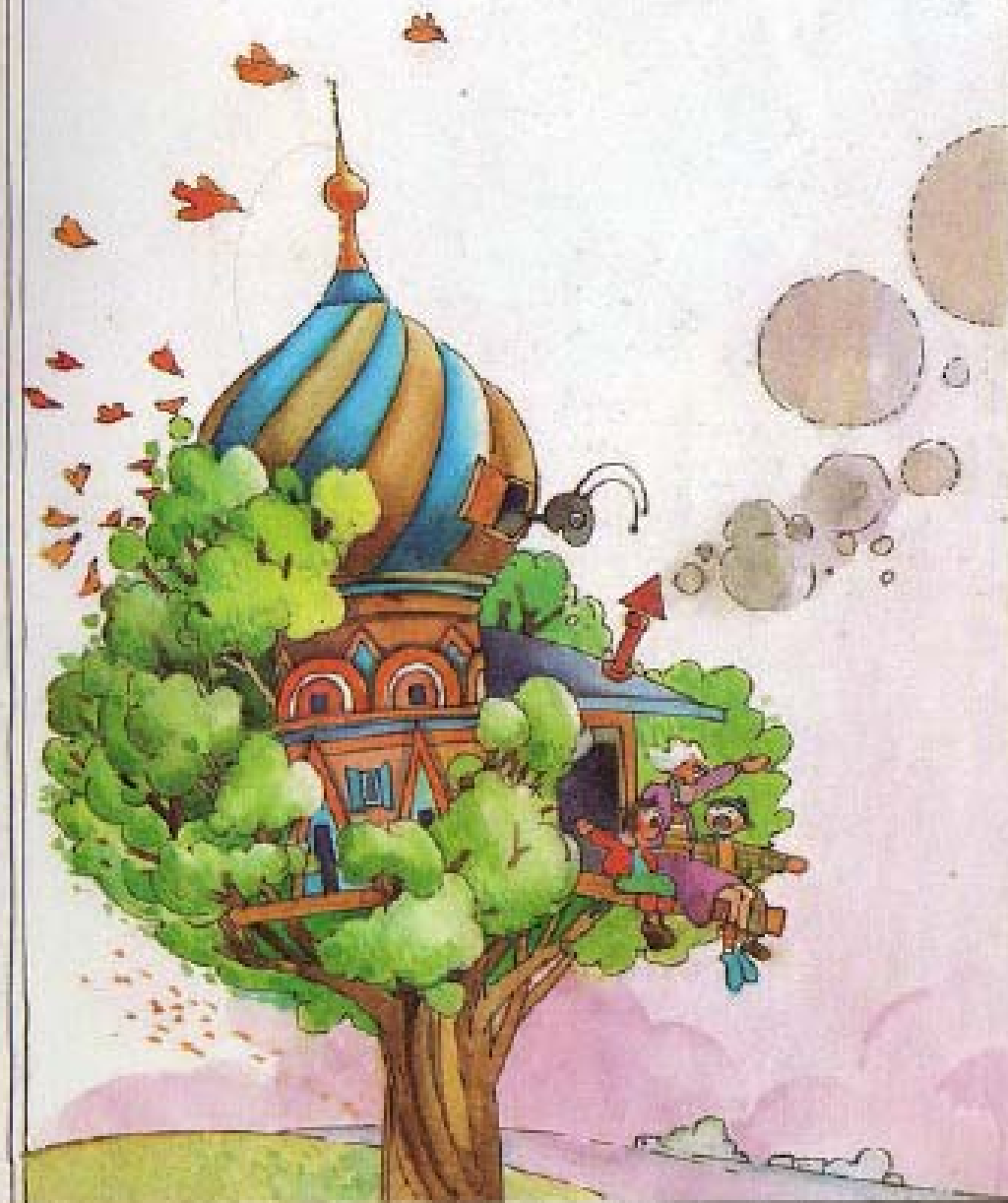




Pero ¡ay! hablaban en otra lengua,
sólo entendieron el idioma de los cariños.
Entonces Pachimú se puso a cantar,
y a él sí lo entendieron,
porque los grillos cantan
en un idioma universal.

Salió de su caja y del bolsillo
y desde el ala del avión
trabajó de traductor.

Los chicos de ese pueblo
también decidieron adoptar a Bisa
como bisabuela de todos.
Y le ofrecieron domicilio en una casita
construida en las ramas de un árbol.

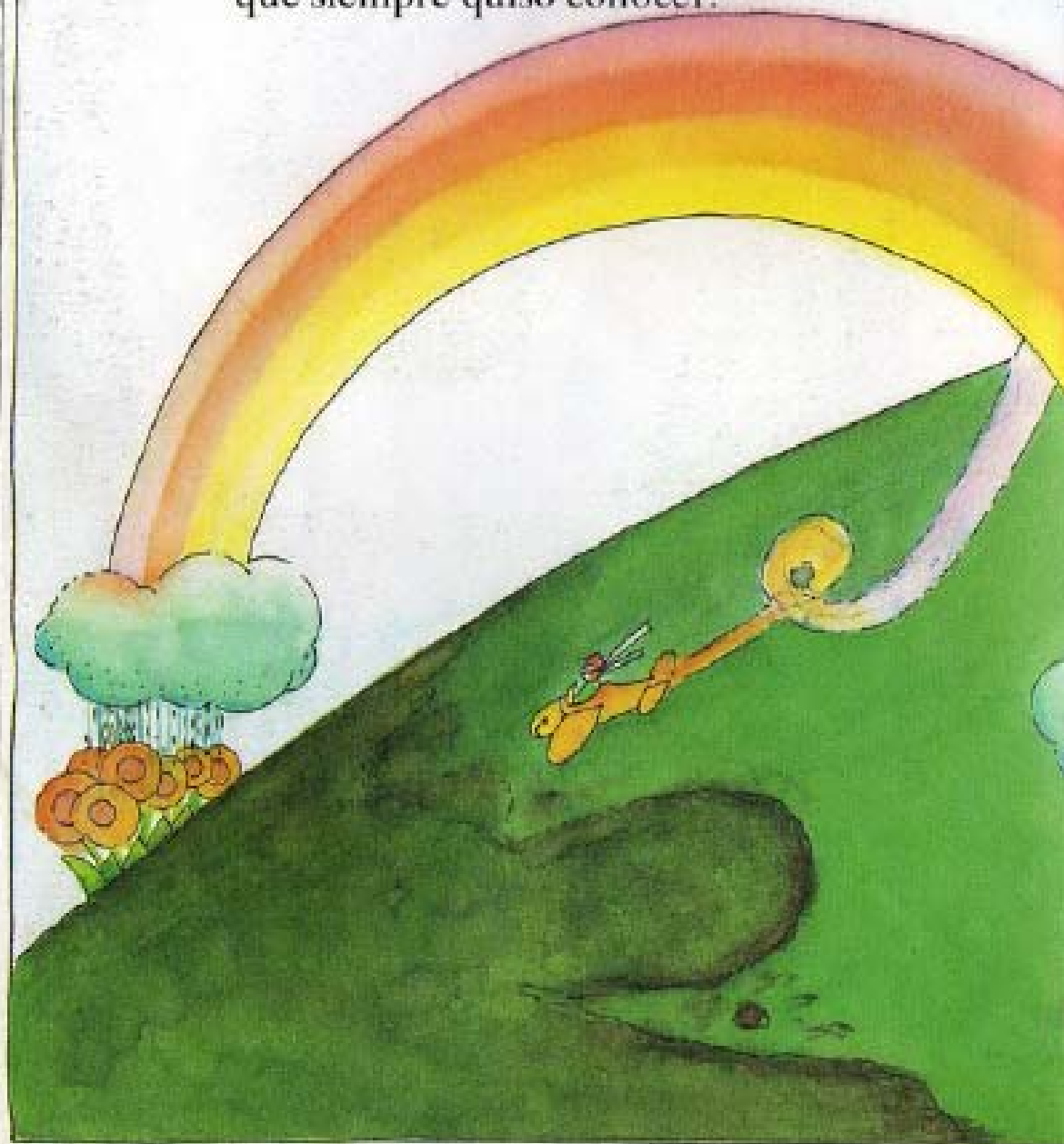


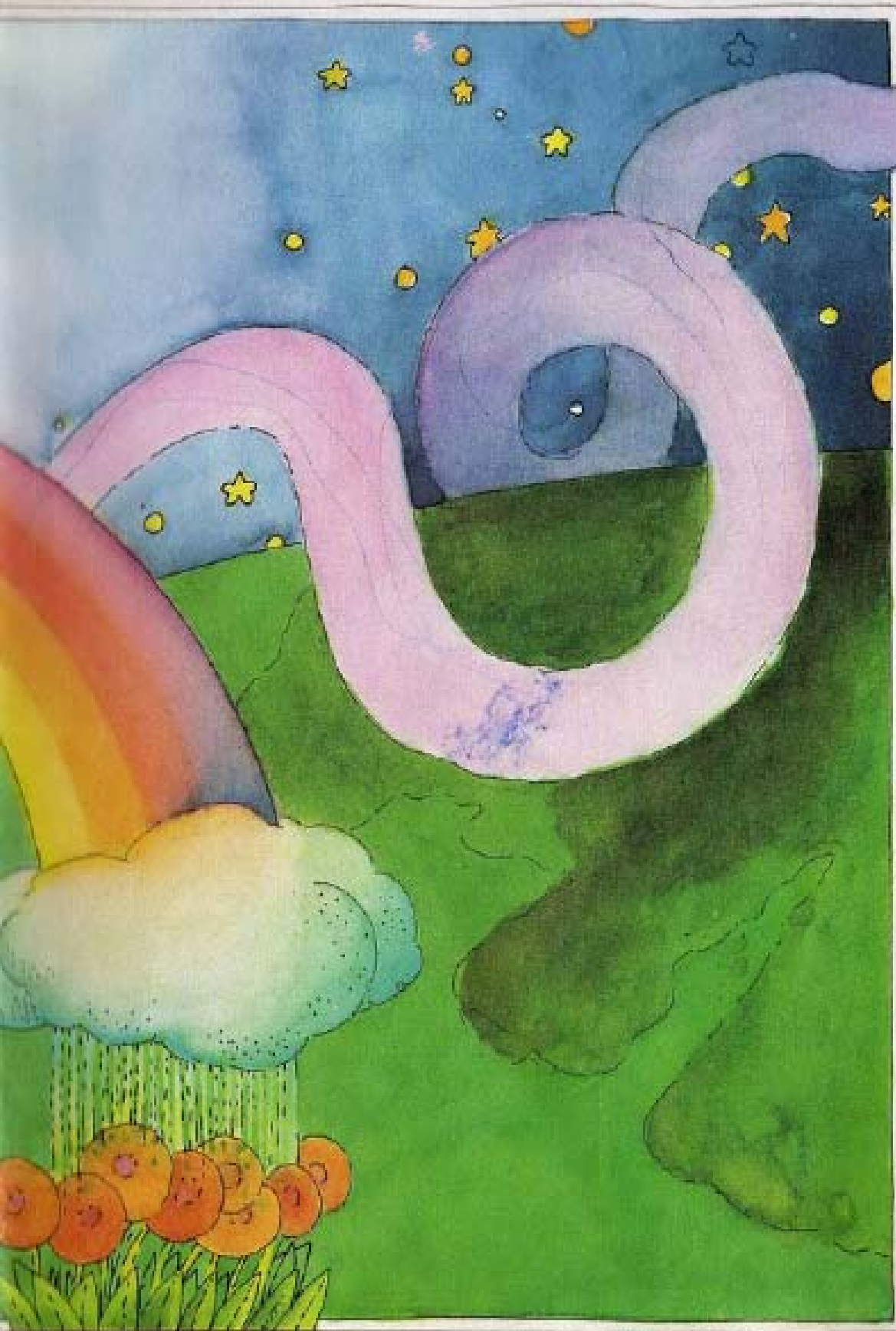
Desde entonces Bisa vuela de pueblo en pueblo
y de biznietos en biznietos.]

Ya aprendió otro idioma y, en cada viaje,
que dura media hora o tres meses

-nadie lo sabe-,

sigue mirando encantada
por los cristales de sus antiparras,
las maravillas del mundo
que siempre quiso conocer.





Los niños del pueblo adoptan
a una anciana como bisabuela
de todos. Un día Bisa vuela
en su viejo aeroplano y se va...
para encontrar a muchos
biznietos más, en otro
pueblo lejano.





